

CAPITULO V.

La agonía.

Apenas pasára Filippo de un barco á otro barco, cuando ya estaba encerrado en la bodega. De la vida, de la alegría, del festín, del arte precipítábanlo en la noche, en la soledad, en la angustia, en la desesperacion. Aquellas hondas entrañas del buque parecían como ataud, bastante á dejar espacio al vivo enterrado como muerto, á fin de que pudiera moverse para mayor tormento. A través de las tablas embreadas se oía, en aquella oscuridad artificial, en aquella tumba flotante, el hervidero de las olas, el choque del agua en la quilla y en los costados, la vibracion de las cuerdas y de las velas, el grito y clamoreo de los marineros. Filippo, arrancado al festín, á los coros y á la música de su veneciana orgía, al aroma de los pebeteros que humeaban orientales esencias, al calor del vino hirviendo en copas talladas y cinceladas por los incomparables artistas de su tiempo; sentíase vivamente contrariado; pero á sus contrariedades, que le daban la rabia febril propia de su nervioso temperamento, uníanse puntas y ribetes de impacientísima curiosidad. ¿En qué manos había caído? ¿De quién era el barco? ¿Á qué nacion ó gente pertenecían aquellos piratas? ¿Dónde lo conducían? ¿Qué suerte le deparaban? Hé ahí las primeras interrogaciones dirigidas á sí mismo y á las cuales contestaba solamente el silencio. Bajáronle al vientre del barco por una escalera portátil, y aun no le habían bajado, cuando quitaron la escalera, y le impidieron por ende hasta golpear á la puerta de su prision. Así es que, en su despecho y rabia, dejóse caer sobre las tablas para aguardar nuevo accidente que le revelera algo de su incierto porvenir. Y cerró los ojos; y vió pasar en vision interior su vida toda. Los últimos dias ha-

bían sido de penas intensas y de intensos placeres como pide la Naturaleza, que mezcla el dolor á la alegría en grandes proporciones. La seguridad de que Lucrecia solo se uniría con él por un lazo legítimo y de que sus votos religiosos le impedían trenzar este lazo, amargólo con acerbísima amargura. Pero se desquitó de este dolor en la ciudad de los placeres, con cenas, con bailes, con máscaras, con aventuras, con encuentros nocturnos á espada en el laberinto de las callejuelas, con borracheras cogidas en casa de las cortesanas, con exaltacion y delirios de sus sentidos, tan abiertos todos á los goces, ya lo he dicho mil veces, como los de un sátiro ó de un bacante antiguo. Y desde aquellos salones de los mosaicos; desde aquellas galerías de mármoles y de jaspes; desde aquellos festines donde las flores le ofrecían sus cálices y las copas sus bordes y las mujeres sus besos; cayó en la negra bodega de un barco pirata para que todo fuese contraste y desproporcion extrañísima en su tormentosa vida.

La comparacion de estado con estado le embargaba, cuando sintió que el portalon de la bodega se abría; que una escala de mano bajaba; y que por la escala acercábase á él silencioso hombre con mortecino farol suspendido de un brazo y con puñales y otras armas ceñidas al cinto. Ducho en estas aventuras, no mostró un miedo que, en vez de servirle, pudiera valer tan solo para ridiculizarlo ó perderlo; y se dirigió al recién venido, pendiente aun de su escala, y le habló con la desenvoltura propia de quien ni teme ni recela, á pesar de tantos y tan nefastos indicios.

Y dijo:

—¿Cómo desasirme de mi dorada nave? ¿Qué había yo hecho para castigarme en este cepo cual si fuera un escolar desaplicado? Tiene gracia el importuno lance. Caballero ó pirata, sér humano ó monstruo marino, dime pronto qué quieres de mí, y no me atormentes con la sed de la curiosidad y la agitacion de la incertidumbre.

Como el farol caía del brazo á los piés, no iluminaba la faz del recién venido, completamente cubierta por las sombras. En consecuencia no podía Filippo adivinar quien le visitaba á semejantes horas y con aquel silencio. Su curiosidad crecía pues de punto porque el misterio se espesaba mas á cada instante. ¿Cuál no sería su anhelo viendo la única persona que se le acercaba, dejar la luz en las tablas; cruzarse de brazos á su frente; y contemplarlo, sin que diera de sí otra muestra sino la respiracion fatigosa, entrecortada, hirviendo, en la cual sentíase latir concentradísima rabia?

—Sér de este ó del otro mundo, gritó Lippi, ya te envíe el cielo, ya te envíe el infierno, sácame de dudas y dime lo que quieres.

—Filippo.

Respondió el interrogado.

—Creo conocer esta voz.

Dijo Filippo.

—Sí la conoces.

—¿Quién sois?

Soy tu mas implacable enemigo.

—¡Cáspita! Lo siento, dijo Filippo, lo siento; porque bueno es tener amigos, aunque sea en las bodegas de un barco pirata.

—¿No te remuerde la conciencia?

—¿Qué me ha de remorder? Á nadie hice daño; divertíme cuanto pude por mi cuenta y riesgo; cumplí fielmente mi vocacion en este mundo; y Cristo con todos.

—Registra, registra tu memoria.

—Por mas que la registro, no encuentro en ella ningun remordimiento.

—¿De veras?

—Alguna cuchillada, algun amorío, alguna envidilla de mis émulos; pecata minuta, cosas veniales, faltas que se rescatan con penitencillas de tres al cuarto.

—Filippo.

—¿Qué voz tan cavernosa!

—Has cometido muchas faltas en esta vida.

—Pues no ha salido mal predicador de este barco maldito. ¿Muchas faltas? Colgar los hábitos porque se manchan con los pinceles. A buena hora viene su merced con esas frailunas monsergas, ni mas ni menos que cualquier cuaresmero motilon. Acabo de tener entre mis manos, á mi arbitrio, la mas hermosa jóven de toda Toscana; y no le toqué el pelo de la ropa. Pude robarla delante de todo Prato y no pude faltarle delante de un conjuro de sus labios y de una negativa de su voluntad imperiosamente expresada. Y á mí, á un mandria de este temple, se le arguye hoy de perverso. Confesemos que merezco ó estar en bienaventuranza como los santos, ó estar en babia como los imbéciles; pero no en lenguas de predicadores y de frailes.

Los dientes del recién venido rechinaban; su pecho rugia.

—Pues señor, ¿qué habré hecho yo para enfurecer así á este fantasma?

—¿Qué has hecho? Y lo preguntas cuando acabas tú mismo de decirlo.

¿Pues no sabes que has amado á Lucrecia?

—Luego sois.....

—Guido Montaperto.

—En tales parajes, á estas horas, en esa forma, entre semejantes gentes.....

—Sí.

—De suerte que el mayor de los gentiles—hombres se ha trocado en el mayor de los piratas.

—Buscando una venganza.

—¿A qué?

—Al amor que has inspirado y que ha sido causa única de todos mis infortunios.

—Locuras donosas conocí; pero como esta ¡pardiez! ninguna. ¡Vengarse de pasion que involuntariamente se adquiere como se inspira involuntariamente! Todo eso es un vuelco de la sangre en el corazon que nadie puede remediar, y por consiguiente, de que á nadie puede pedírsele cuenta. Yo con mi amor correspondido y vos con vuestro amor desdenado, quedamos iguales. Ni uno ni otro hemos catado la manzana. Así no hay que pedir cuenta ni darla. En Venecia tiene vuestra merced á su amada tan dura como las piedras; pero tan inmaculada como el día de su nacimiento.

—Estoy seguro de que hubiera unido á la mia su suerte; de que la llamara ahora compañera de mi vida y madre de mis hijos, á no haberse interpuesto en mi dicha tu amor.

—Mucho decir es eso, porque no ví jamás mujer ni tan bella de rostro ni tan dura de cascós. Con cien arcabuces no le sacais de la mollera el escrúpulo, la aprension que en la mollera se le clava. De haberos querido, se casa, á pesar mio, y á pesar de cien como yo. No queriendoos, lo mismo importaba mi presencia que la presencia del Preste Juan de las Indias. Ni la mujer fuerte de la Escritura tiene que ver con nuestra idolalrada é inaccesible Lucrecia. Por consiguiente, no os quejeis á mí, quejaos al cielo que la ha hecho de pórvido como á otras mujeres las ha hecho de fuego.

—¿Al cielo? Á tí, solamente á tí puedo y debo quejarme. No cayera jamás en la cuenta de amarte si no suscitaras tú aquel amor desapoderado que la llevó hasta negarme al pié de los altares un sí prometido y jurado de antemano. Tú fuiste el fantasma que trastornó su seso y mi ventura. Tú fuiste el artista que, entrando sigiloso en el convento, so pretexto de retratarla, volviste á turbar aquella paz que acaso le inspirara la idea de cambiar su celda por mi castillo. Tú la has robado á mis esperanzas en Prato, y la has traído cautiva y sin honor á Venecia. Y todavía preguntas cómo te has podido interponer en mi camino. He visto una hermosa doncella deshonorada; un respetable padre moribundo; un sensible corazon como el mio partido en mil pedazos. Y aun dices qué razon tengo para vengarme. Desconfiaria hasta de la justicia divina, si no fueras herido, y herido por mi implacable mano. Quería llevarte á una de las varias torres que en las orillas adriáticas se levantan; y no he tenido ánimo para esperar tanto tiempo. Aquí ha de ser mi venganza. Aquí he de verte lanzado, con ese bello traje de tus orgías, al mar inmenso, para que los peces te devoren. He seguido tus pasos como si fuera la sombra proyectada por tu cuerpo. He reunido en torno mio todos estos piratas, especie de tiburones, solo para apresarte. He sacrificado una considerable porcion de mi fortuna al logro de este deseo. Va á cumplirse, y me regocijo como si viera llegar uno

de los momentos mas felices que puede contar la humana vida. Mucho has gozado; pero mucho vas á padecer ahora. Una larga agonía te aguarda; tremendo combate con las aguas que te ahogarán poco á poco. La sangre ardiente de tus venas, la dicha exaltada de tu corazon, el brillo esplendoroso de tu inteligencia, la luz de tu fantasía, la aureola de tu gloria, va muy pronto á extinguirse en las aguas del mar.

—¡Buena ocurrencia! Sin duda hablais en broma porque no puedo suponer á tan acabado caballero reo de semejantes locuras. Si nos hemos encontrado en nuestro camino hasta chocar con terrible choque, bien sabe Dios que no ha sido tanto por mi culpa como por vuestra desgracia. ¿Y quereis que pague yo, inocente, el que vos seais desgraciado?

—Quizás sea verdad todo cuanto dices. Quizás provengan los sufrimientos, que tanto me aquejan, de mi desgracia antes que de tu culpa. ¿El origen del mal? Averigüelo Vargas. Por qué entre cinco hermanos, sale uno jorobado, y cuatro garllardos mozos, teniendo todos un padre y una madre? No hay nada tan relativo como el mal. Resultando bueno el conjunto, la implacable Naturaleza ni siquiera se cura de las particularidades. Una rueda destinada á mover la maquinaria total, te coje por un paño de la ropilla, te da mil vueltas entre sus dientes acerados, te deshila todas las fibras, te rompe todos los huesos y no se hecha de ver, pues continua el movimiento universal, mientras acaba el movimiento de tu vida. No me cuentas si provinieron mis desgracias de tus calaveradas ó de mi enemigo hado. Lo ignoro, y es mas, deseo ignorarlo. Lo único que sé, lo único que á fondo conozco es mi dolor.

—¡Y creéis aplacar en cuanto esos sayones me cojan por la cintura y me echen al mar en compañía de los peces! Cuando el agua amarga y salada haya enchido mi vientre, apagado mi respiracion, y flote verduoso y yerto sobre la inmensa superficie mi cadáver ¿entrará en el pecho de Lucrecia una pasión exaltadísima por su antes desdeñado novio? Yo caeré al mar. El instinto de conservacion, el amor á la vida, el fuego de la juventud, me sostendrán ciertamente en lucha de algunas horas, lucha horrible, hasta que venga á matarme la agonía de algunos minutos; pero vos, dejándome á vuestra espalda en la inmensa soledad, os lleváis un corazon triste y lacerado por dolor mas intenso y remordimiento mas tormentoso que mi misma agonía.

—Ignoro todo cuanto podrá sucederme despues de haber satisfecho esta necesidad de venganza que friamente expongo á mi víctima, solo por atormentarla con el mal anunciado de antemano, más, mucho más horrible que el mal venido de improviso. Nadie ha calculado los estados del alma como se calculan y se anuncian las estaciones del año. No sé el número de ideas falsas, ni la cantidad de efectos extraviados que entran en mis pasiones y que perturban mi juicio. Solamente sé á ciencia cierta toda la inten-

sidad de mi dolor. Al verme desdeñado, busqué en una voluntad distinta de la voluntad de mi amada, el origen de este desden. Y no acierto á decir la emocion que me sobrecogió en Prato viendo plenamente justificadas mis sospechas y cumplidos mis presentimientos, al aparecer ante mis ojos en tu persona la causa de mi dolor. Si en aquel momento hubiera podido, te extirpara de la tierra y te cercenara de la humanidad. Tantas emociones reunidas han producido una pasión exaltada. No te empeñes en reflexiones de ninguna clase. Echas con ellas aceite y leña al fuego que devora todas mis entrañas. El mundo forjado por mis ilusiones ha caído á mis plantas. El horizonte extendido sobre ese mundo, se ha disipado como el sueño de una noche. Para poder vivir necesito saber que hay justicia. El castigo impuesto al malvado asegura el premio debido al virtuoso. Este mal mio no proviene de Dios, proviene del hombre. Es necesario castigar al hombre que lo ha hecho. No puedo castigar á ella, porque castigándola á ella, me castigaria á mi mismo. Tengo que castigarte á tí, Filippo, á tí, el ser mas nefasto á mi existencia y mas aborrecible á mi corazon. Cuando me acuerdo ahora mismo de aquella tarde, los ojos saltan de las órbitas y las sienas en mi cabeza estallan. Los cánticos religiosos habian dado á mi alma atribulada como un perfume de esperanza. Entre los místicos símbolos de nuestra fé, venia la hermosa Lucrecia como un verdadero ángel de los cielos. Y cuando la contemplaba con mayor éxtasis ¡ay! te lanzas sobre ella á guisa de ave rapaz súbitamente descendida de los aires y la robas á las ilusiones de mi corazon y á la honra y á la estimacion del mundo. En cuanto este pensamiento me asalta pierdo toda medida, y todo imperio sobre mí mismo; y ciego de cólera me lanzára sobre ese protervo pecho y le arrancára el corazon á pedazos.

—He caído en las garras de un tigre y tengo por inútil moverle con palabras á piedad que no entrará jamás en sus feroces instintos. Prefiero sorber el agua amarguísima del mar á sorberme la ignominia de una humillacion. Moriré desesperado; pero no moriré disminuido á mis ojos. Haced cuanto os pida el gusto. Este barco resulta un matadero flotante. Sea en buenhora. Pero si es verdad que me matais por celos, y no por nativa crueldad, entended que Lucrecia os amará menos, y hasta llegará á aborreceros implacablemente despues de mi muerte. Ahora cúmplase vuestra voluntad, ya que no hay medio alguno de contrastarla. No, no os amará jamás.

Á esta asercion bajó Guido la cabeza como abrumado por su tristísima verdad. Y Lippi, que amaba mucho la vida, y se perdía en mil conjeturas para encontrar el medio de salvarse, creyendo entrever un desaliento favorable á sus esfuerzos y á sus esperanzas en la actitud de su enemigo, saltó hácia él con fuerza, decidido á ver de arrebatarle una de sus armas y defenderse de sus asechanzas, vendiendo cara la amenazada vida. En esta sereni-